

La Participación Ciudadana en la Gestión del Riesgo

Capítulo 16



“El desarrollo de capacidades es una estrategia central para reducir los riesgos de desastres. El desarrollo de capacidades es necesario para construir y mantener las habilidades de la gente, las organizaciones y las sociedades para manejar por sí mismas y de manera exitosa sus propios riesgos. Esto requiere no sólo la formación y la asistencia técnica especializada, sino también el fortalecimiento de las capacidades de las comunidades y las personas para reconocer y reducir los riesgos en sus localidades. Esto incluye la transferencia de tecnologías, intercambio de información, desarrollo de redes, habilidades de gestión, vínculos profesionales y otros recursos. El desarrollo de capacidades necesita ser sostenido a través de instituciones cuyos objetivos permanentes son apoyar el desarrollo y mantenimiento de tales capacidades.”

“Una efectiva reducción del riesgo de desastres requiere de la participación de la comunidad. La participación de las comunidades en el diseño y ejecución de actividades ayudan a garantizar que dichas actividades estén adaptadas a las vulnerabilidades y necesidades actuales de la población afectada. Esta participación informada ayuda a evitar problemas y efectos secundarios cuando se producen los eventos peligrosos. Los enfoques participativos pueden capitalizar de mejor manera los mecanismos y conocimientos locales existentes y son efectivos para el fortalecimiento de los conocimientos y capacidades de la comunidad. Las comunidades generalmente son más sensibles a las cuestiones de género, culturales y otras condiciones específicas que pueden socavar o empoderar grupos e individuos particulares para la acción local. La incorporación de las perspectivas locales en las decisiones y actividades también ayuda a asegurar que los cambios en la vulnerabilidad y en la percepción del riesgo sean reconocidos e insertados en los procesos institucionales, la evaluación de los riesgos y otros programas y políticas.”

Words into Action: A Guide for Implementing the Hyogo Framework International Strategy for Disaster Reduction (2007)



De manera guiada algunas, de manera espontánea e intuitiva la gran mayoría, millones de personas, familias y comunidades de América Latina y el Caribe practican, diariamente, aunque sea una mínima “gestión” de los riesgos con los cuales conviven, lo cual les permite evitar que se conviertan en desastres.

Cierto es que no pasa un sólo día sin que ocurran en la región emergencias y desastres de distinta magnitud, de los cuales sólo algunos pocos trascienden a los medios, pero también lo es que *en sana lógica*, cabría suponer que, dadas las condiciones de riesgo que afectan a las comunidades, debería haber muchos más desastres de los que suceden.

Esa es la “prueba” de que *el germen* de la gestión del riesgo está presente en las comunidades, incluso sin que manejen el término.

Hombres y mujeres cabezas de hogares; maestros y maestras de escuelas urbanas y rurales; líderes campesinos y de comunidades urbanas; líderes y vecinos de barrios consolidados o de *invasiones* ilegales; desempleados o trabajadores informales; artesanos y pescadores; pequeños, medianos o grandes empresarios; policías *de esquina* y funcionarios o trabajadores locales de instituciones públicas o de empresas privadas, en fin, todos los actores presentes en los territorios reales de los cuales forman parte la gran mayoría de los habitantes del mundo, de una u otra manera evalúan los retos a que deben exponerse como parte de su supervivencia cotidiana, realizan análisis concientes o inconcientes de costo-beneficio, y toman las medidas que consideran pertinentes y posibles para reducir esos riesgos y evitar que se conviertan en desastres colectivos o personales.

Ese ejercicio es otra expresión del “rebusque”, del “chiripeo”, del “cachueleo”, del “hustling”, del “camaroneo” y de todas esas estrategias a que acuden las comunidades de menores ingresos para enfrentar los retos derivados de su interacción con un entorno cuyas dinámicas naturales, económicas o sociales muchas veces les resultan hostiles. La gran mayoría de las veces tienen éxito, por lo menos en el corto plazo, y si bien no logran eliminar todos los riesgos, por lo menos los *evaden*, *transfieren* o *aplazan*. Y algunas ocasiones pueden agravarlos, lo cual, por supuesto, constituye una consecuencia negativa de la lucha por la supervivencia.

Esta es una primera forma de participación ciudadana en la gestión del riesgo, seguramente la más extendida, y sobre la cual se deben construir las demás formas, las institucionales, aprovechando y fortaleciendo los conocimientos, las experiencias, las intuiciones, la creatividad y la memoria individual y colectiva de los pobladores locales, e intentando, en todos los casos, reducir los riesgos de manera verdadera y sostenible. Evitando siempre la creación de nuevos riesgos o el incremento de los existentes.

Otra forma de participación ciudadana en la gestión del riesgo tiene lugar en los espacios formales, establecidos en los sistemas de gestión del riesgo, o en sus equivalentes en los distintos países, para que las comunidades intervengan organizadamente en la prevención y atención de desastres. Este tema lo exploramos en el capítulo 10, cuando nos referimos especialmente a los Comités Locales de Emergencia, y mencionamos también los comités barriales, parroquiales o de conjuntos residenciales, al igual que los comités escolares, universitarios y empresariales que ya existen en algunos lugares.



Otra forma muy importante y extendida de participación de las comunidades de base en actividades de gestión del riesgo, especialmente en prevención y atención de desastres, son las *redes de voluntarios* que constituyen la *base social* de los organismos de socorro: Defensa Civil, Cruz Roja, Bomberos Voluntarios y otras organizaciones con objetivos similares.

Existen también *grupos* constituidos específicamente para ejercer gestión del riesgo en las comunidades a las cuales pertenecen sus integrantes, o para acompañar otras comunidades: grupos universitarios, grupos ligados a asociaciones de beneficio social, como los clubes de Leones y Rotarios, grupos viunculados a organizaciones religiosas, etc., etc.

Otra forma importante de participación de las comunidades se genera alrededor de proyectos específicos promovidos por instituciones nacionales o internacionales que consideran la *organización comunitaria* y el *fortalecimiento de las capacidades locales* como unas de sus estrategias, objetivos y medios. Un

reto grande que tienen estos proyectos es el de garantizar que los procesos organizativos que se generan alrededor de los mismos, sobrevivan más allá de la duración de los proyectos, de la inversión de recursos y de la presencia e influencia de los actores externos. Es decir, identificar y aplicar **estrategias de sostenibilidad** de los procesos, lo cual es mucho más fácil de enunciar en la teoría que de aplicar en la práctica.

En el documento titulado “Gestión Local del Riesgo y Preparativos de Desastres en la Región Andina – Lecciones aprendidas y sistematización de buenas prácticas”, elaborado por PNUD/BCPR y La Red de Estudios Sociales sobre Desastres (LA RED) dentro del Tercer Plan de Acción de DIPECHO, se presentan una serie de experiencias que de una u otra manera ilustran la manera como se están llevando en la práctica o cómo se han aplicado en el pasado, muchas de las herramientas y conceptos de que trata este libro, incluyendo la participación comunitaria.²⁰⁴

²⁰⁴ Ese documento se puede consultar –y enriquecer con nuevas experiencias- en la siguiente página web:
http://www.undp.org/surf-panama/docs/bcpr/cd_interactivo_dipecho_andino/main.swf